

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La muerte de Lombroso presta actualidad á un nombre que nunca ha dejado de sonar y repetirse, aun cuando el *engouement* por las ideas del director del manicomio de Pésaro haya sufrido disminución en estos últimos años. Lombroso fué una moda intelectual allá en 1890. Sus teorías coincidieron con ciertas direcciones del pensamiento moderno, y hubo quien le colocó á la altura de los Lamark y los Darwin, juicio que la posteridad rectificará. Asusta pensar lo mucho que la posteridad debe rectificar, y lo poco que la crítica sólida actual influye en la elaboración de la mentalidad contemporánea.

Si hay un concepto que parece claro en nuestra época, es el de la ciencia. El método inductivo; el descrédito de la metafísica: la consagración del laboratorio y sus pacientes trabajos como fuente del conocimiento seguro..., todo debiera conspirar á que se exigiese, á los que hablan en nombre de la ciencia, datos muy seguros, experimentales. Nada de esto encontramos en Lombroso, y sin embargo, es científica su aureola.

Tres ó cuatro son las ideas fundamentales que Lombroso explana y diluye en sus obras más conocidas: *Los genios*, *El delincuente* y *El crimen político y las revoluciones*. Estas ideas, lo repito, estaban en el aire; esperaban á ser recogidas y sistematizadas. De ello se encargó el ex médico militar, escribiendo, más como artista que como sabio, en un estilo afirmativo, coloreado por meridional fantasía, como si se adelantase á las opiniones de su discípulo Nordau sobre la historia, en la cual ante todo en tiende Nordau que debe campea la imaginación.

Al público se le suele conquistar así. Por lo menos, al público numeroso. La siempre cauta y reservada indicación del investigador prudente le hace menos efecto que una teoría de brillante plumaje, apoyada en una balumba de nombres y de hechos que cree exactos porque no los examina. En cuanto á los verdaderamente doctos, no sé qué opinión formarán; sólo puedo decir que, en mi patria, el famoso penalista Salillas, hasta hace poco director de la Cárcel Modelo, y en varios respetos discípulo de Lombroso, ha convenido conmigo en la endeblez de los materiales en que el tinglado de Lombroso se apoya.

Veamos cuáles son esas ideas principales, desarrolladas en los cinco gruesos volúmenes que tengo á la vista.

La idea de *Los genios* hela aquí. Esos grandes hombres que la humanidad admira son locos ó degenerados ó ambas cosas, y al par criminales. Se advierten en ellos los estigmas hereditarios y las lesiones somáticas que caracterizan al demente, al epiléptico y al idiota; el mancinismo ó zurdismo, la impotencia, la palidez, la estatura alta, la baja, la delgadez y otras particularidades que, á decir verdad, pueden observarse en el resto del género humano.

La primera dificultad que sale al paso es, como siempre, la de la clasificación. Es preciso entenderse y convenir en quién es genio y quién no lo es, y aquí ya se viene al suelo el tinglado. Genios indiscutibles no hay muchos. No existe el *pesagenio*, como existe el podómetro y el termómetro. La palabra *genio* sólo expresa, á mi entender, diferencias de *cantidad* en las facultades. Y la lista de genios que presenta Lombroso no puede menos de confundirnos, ante

tantísimo genio del cual no ha oído hablar casi nadie.

No me tengo por un pozo de sabiduría, pero algo se ha leído, y confieso que el catálogo de Lombroso me da en qué pensar. A Ajax no le creí genio, sino héroe. Tampoco Luis Blanc, ni Krapotkine, ni Scarron, ni Galba, ni los Casios, ni Dati, ni Piccinini, ni Baldini, ni Skoda, ni Clemente VI, ni Malherbe, ni Tiberio, ni Mazzini, ni Restiff de la Bretonne, ni Duguesclin, ni Dupanloup, ni Noriac, ni Menage, ni Chatterton, ni Cagnoli, ni Casanova, ni Brunetto Latini, ni..., pero ¿á qué alargar la lista?, me hacen el efecto de genios, ni las particularidades que de ellos refiere Lombroso, aun las que están históricamente comprobadas, me parecen distintas de las que cada cual puede referir sin observar más que un círculo reducido de gentes vulgares. En cambio, á otros genios que nombra, como Cremani y Fusinieri, no los encuentro ni en el hospitalario Larousse. Por eso he comenzado diciendo que lo primero sería entenderse y establecer qué se entiende por genio. Si toda persona que se ha dedicado con algún fruto á las ciencias ó á las letras, ó que se hace notar en sucesos políticos, es genio, claro es que se multiplican los ejemplos de estigmas, aunque tampoco estaría de más subdistinguir entre las lesiones somáticas y los efectos de las pasiones, que serán muy funestas, pero no pueden nunca entenderse como degeneración.

Aun cuando admitiésemos la lista de genios de Lombroso, quedarían sujetas á examen recelosísimo las noticias que de ellos nos da.

Baste, para justificar mi desconfianza, el recordar que á Milton, cuyas hijas fueron poco menos célebres que su padre, lo incluye entre los genios que no tuvieron sucesión; que á Lope de Vega le hace discípulo de Rubens; á Santo Domingo le atribuye un rasgo conocidísimo de Santo Tomás; á Safo la poetisa la confunde con Safo la cortesana; hace nacer á Cervantes en Sevilla, á Mina en Córdoba..., y basta para muestra.

Resumiendo la crítica de esta primer idea lombrosiana: tendencia anticientífica á generalizar, endeblez é inexactitud en los datos.

El éxito de *Los genios* puede atribuirse al desbordado instinto igualitario que quiere suprimir la única superioridad insuprimible: la mental. Empezó la humanidad divinizando á sus genios y á sus héroes, y acaba, por medio de Lombroso, recluyéndolos al manicomio—si no al tonticomio, puesto que, en opinión del autor, los genios son, fuera de lo genial, más bobos que nadie. Bobos sublimes, pero bobos.

Con todas sus deficiencias científicas, precisamente científicas, el libro de Lombroso abre surco, y es de la más sugestiva lectura. El mismo Lombroso nos lo dice, en el prefacio de la tercera edición del *Hombre delincuente*, que es la que poseo: mientras nadie leyó las investigaciones profundas, apoyadas en cien exactas experiencias, sobre la *Pelagra* y sobre *El veneno del mats*, los libros escritos «abandonando las serenas regiones de la ciencia» penetraron en la conciencia pública. Y Lombroso recuenta los discípulos, la imponente escuela antropológico-jurídica que se formó en el mundo entero, siguiendo sus huellas; y cita secuaes en toda Europa, en España, en Portugal, en la América del Sur.

En *El delincuente*, por querer probar mucho, nada prueba Lombroso. La afirmación de la irresponsabilidad por la existencia del «delincuente nato» y del «loco moral» ha venido á introducir tal confusión en el terreno jurídico, que se comprende que Lombroso, son sus palabras, vacilase en publicar la obra «*innanzi all'idea dei danni sociali*». Hemos visto, en estos últimos tiempos, merced á la libérrima interpretación de los principios de Lombroso, que ningún delincuente era culpado. Este, por joven; aquél, por viejo; el uno, por hijo de padres alcohólicos; el de más allá, porque tenía la oreja en forma de asa, debían ser absueltos y no sé si recompensados. Vanamente se les respondería á los abogados defensores y á los jurados indulgentes, aturridos con argumentos que se revestían del ropaje de una ciencia nueva y desconocida, prestigiosa y pintoresca en sus conclusiones, que mucha gente es vieja y moza y es hija de padres aficionados al espíritu parral y tiene la oreja de un modo y la mandíbula de otro, sin ser por eso delincuente y siendo hasta honrada. Conozco marineros tatuados, los mejores hombres del mundo. ¿Qué significación científica pueden tener los signos de criminalidad? Sólo aproximativa. Y lo aproximativo no es rigurosamente científico.

Aceptando como elemento excitador al conocimiento de la verdad las teorías de Lombroso, no debemos dejarnos alucinar por ellas, ni suponer que encierran un nuevo derecho y una nueva moral. Realmente, lo que se agita en los dos voluminosos

tomos, llenos de palabras técnicas y de diseños extraños, no es sino la vieja cuestión teológica de la predestinación y el libre arbitrio; la cuestión que apasionó á los doctores de la Edad Media, y que siempre hará meditar á los pensadores de todas las épocas del mundo, desde San Agustín hasta Schopenhauer.

Hace observar Lombroso que la psicología del criminal nato se parece más á la del salvaje que á la del loco. Ahora bien: el salvaje es una muestra de la psicología humana no modificada por las influencias de civilizaciones superiores. El salvaje es social, no se sabe de salvajes solitarios; el salvaje tiene sus ideas religiosas, sus rudimentos morales; pero todo ello es débil aun contra el empuje del instinto, base de la vida salvaje, y el instinto humano, triste verdad, es de apropiación, sensualidad, venganza, crueldad y egoísmo. No en el hombre anormal: en todos. El estado de naturaleza es, pues, el estado criminal constante. Estúdiese la psicología del niño, que reproduce en abreviatura la del salvaje. Los niños mienten, se apoderan de lo que les encapricha, una de sus primeras gracias es pegar y repetir «Te mato.» No conocen el pudor, comen destempladamente, y apenas tienen cariño á los que les crían y cuidan, si no interesa á su egoísmo. Es inútil decir que la idea religiosa no les contiene, y que sus instintos son lo único que les guía. El salvaje no hace sino prolongar la infancia. En el hombre civilizado actúan otras influencias, y el que se substraee á ellas, se substraee porque quiere, y es, en medida que las circunstancias han de determinar, responsable. Negar esto, es dar soltura á la fiera.

Y dígame lo que se diga, el criminal, por nato que sea, se reprime y reporta con el temor al castigo. Lo decía doña Concepción Arenal, eminente penalista y mujer de espíritu tan piadoso: si se suprimiese la pena de muerte, muchos criminales perderían el único freno que les sujeta. Por eso doña Concepción no era partidaria, ni de la abolición, ni aun del indulto. Y por eso, después del período de lombrosismo agudo en que se ha declarado irresponsable á todo acusado, se indica ya una reacción, precisamente dentro de la escuela antropológica, y surge la doctrina de la eliminación por defensa (sustentada por el propio Lombroso). Síntoma de esta reacción es el hecho de que en Francia, casi abolida ya la pena capital, hubo que restablecerla, después de la absolución del sátiro Soleilland, que dió lugar á un motín de indignación.

Así la escuela antropológica ha sido la lanza de Aquiles, y en ella ha cabido la confirmación de las ideas tradicionales del derecho penal. No se debe temblar nunca ante las novedades, sino examinarlas. A veces nos alarmamos de cosas que ya dijeron Aristóteles y Platón.

Nada más conservador que las consecuencias que se deducen del estudio de Lombroso y Laschi sobre *El crimen político y las revoluciones*. Lo indica la cita de Littré que encabeza la obra: «Esta clase de crimen merece ser estudiado como caso de patología social.»

Severo es el juicio de Lombroso sobre las revoluciones. Las considera siempre estériles, y opina que, hasta cuando no las inspira intención criminal, deben contarse en el número de los crímenes y no pueden excluirse de los códigos.

Como confirmación de este aserto, Lombroso afirma, apoyándose en casos de huelgas sangrientas y de revoluciones, que la capa de barniz de nuestra civilización es muy ligera, y que, aun en tiempos tranquilos, el estudio de las costumbres nos prueba que, á pesar de vicisitudes y cruzamientos, han variado poco desde la época bárbara.

Califica, pues, Lombroso á las revoluciones de accesos de locura epiléptica, neurosis agudas que se determinan en los pueblos; y añade que el criminal común, por su naturaleza impulsiva, por odio á las instituciones que le estorban, es un rebelde político perpetuo, que encuentra en las asonadas el medio de satisfacer doblemente sus pasiones, y de verlas por primera vez aprobadas por numeroso público. Especialmente, al comienzo de las revoluciones, los criminales abundan, porque entonces las energías anormales y mórbidas arrastran á los débiles y á los inciertos, y los inducen á los excesos por epidemia de imitación. La epilepsia y el alcoholismo en el varón, la prostitución en la mujer, he ahí las dos fuentes de donde mana la criminalidad política. Ningún hombre político sería más severo, ni siquiera el célebre Suñer, que salvado de que le crucificasen en un árbol sus partidarios, escribió: «Estoy convencido de que no han perdido los instintos del hombre de las selvas.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

«París. E
doble

El ci
juzga e
un acu
Segú
una mi
mente
dedos
montur
guridac
profesi
ató sir
el sueñ
pronto
si podi
é ilesa
cas co
zadora
risiens
se den
entre u
de la h
sabe, t
Digu
que la
la pusi
cesitán
tenerla
propor
mente
Se l
crimen
Verdie
Rea
fresco,
trear.
sico ci
la tierri
cuarto
Los
son p
Desde
velada
huella
mado:
nor q
cia ca
proble
princi
dos h
indag
Aunq